

Carta a los compañeros de caminata y esperanza

Hay momentos en la vida en que una persona, para ser fiel a sí misma, tiene que cambiar. Yo he cambiado. No de batalla, sino de trincheras. Deje el ministerio y presbiterio, pero no la Iglesia. Me aleje de la Orden Franciscana, pero no del suyo tierra y hermano de san Francisco de Asís.

Continué y sigo siempre teólogo, de matriz católica y ecuménica, a partir de los pobres, contra su pobreza, y a favor de su liberación. Quiero comunicar a los compañeros y compañeras de camino las razones que me han llevado a la decisión.

Primero que todo digo: séigo para mantener la libertad y para continuar un trabajo que me era fuertemente impetuoso. Esta incógnita ha significado la razón de mi lucha de los últimos 25 años. Yo ser fiel a las razones que dan sentido a la vida significa perder la dignidad y diluir la propia identidad. No lo hago. Y pienso que también Dios lo quiere. Recuerdo la frase de José Martí, destacado pensador cubano del siglo pasado: "No es posible que Dios ponga en la cabeza de una persona el pensamiento y que un obispo, que no es tanto como Dios, pretenda expresarlo".

Pero rehagamos un poco el recorrido. A partir de los años sesenta, junto con otros cristianos, intenté conjugar el Evangelio con la justicia social, y el grito de los oprimidos con el Dios de la vida. De esto resultó la Teología de la Liberación, la primera teología latinoamericana de relevancia universal. Con ella buscábamos rescatar el potencial liberador de la fe cristiana y actualizar la memoria pedagógica de Jesús, comprendiendo con aquel círculo íntimo que tenía el cristianismo primitivo de los intereses de los poderes.

Esto nos llevó a la elección de los pobres y excluidos. [Los nos evangelizamos. Nos hicieron más humanos y más sensibles a su posición. Y también más fuertes al desdoblamiento de los mayores temas que siempre de nuevo les hacen sufrir. De la sagrada se pasamos a la política social y a la reflexión comprometida. Sopetamos en comunión con ellos la subversión de aquellas estructuras sociales que encuentran en el cristianismo tradicional un aludo para mantener los propios privilegios bajo el pretexto de la preservación de orden que es, para los grandes mayores, pura y simplemente corporativa. Hemos sufrido cuando hemos visto aquejados por nuestros hermanos de fe, de feauxa y de pacto con el mundo y cuando hemos visto romperse públicamente vínculos de fraternidad. Siempre he sostenido la tesis de que una Iglesia es verdaderamente solidaria con la liberación de los oprimidos sólo cuando ella misma, en su vida interna, supera estructuras y comportamientos que implican la discriminación de los mujeres, la discriminación de los valores laicos, la falta de confianza en las "bontades modernas" y en el espíritu democrático y la extensiva centralización del poder sagrado en las manos del clero.

Con frecuencia he hecho esta reflexión que aquí voy a repetir: lo que es error en la doctrina sobre la Trinidad no puede ser verdad en la doctrina sobre la Iglesia. Se enseña que en la Trinidad no puede haber jerarquía. Todo subordinación ante aquel es herético. Se enseña que personas divinas son de igual dignidad, de igual bondad, de igual poder. La naturaleza íntima de la Trinidad no es la soledad, sino la comunión. La pericoreción (mutua relación) de la vida y del amor son a los Tres divinos con tal radicalidad que no tenemos tres dioses, sino un solo Dios-trinidad. Sin embargo, de la Iglesia se dice que es esencialmente jerárquica y que la división entre obispos y laicos es de naturaleza divina.

No estamos contra la jerarquía. Si ha de existir la jerarquía, ya que está puesta en un legítimo imperativo cultural, será siempre, en un buen raciocinio teológico, jerárquica de servicios y funciones. Sin resultar así, ¿cómo se puede verdaderamente afirmar que la Iglesia es comunión de la Trinidad? ¿Cómo se a parecer a suceso de Jesús de una comunidad de hermanos y hermanas si existen tantos que se pasean como padres y maestros cuando Él ha dicho explícitamente que tenemos un solo padre y un solo maestro? (Cfr. Mt. 23, 8-9). La forma actual de organizar la Iglesia (se ha sido siempre así en la historia de la Iglesia) crea y reproduce demarcaciones ideológicas en vez de actualizar y hacer posible la utopía futura a igualdad de Jesús y en apóstoles.

Por tales y semejantes proposiciones, que por demás se relacionan a tradición profética del cristianismo y a

el proyecto de los reformadores desde san Francisco de Asís, he caído bajo la censura vigilante de las autoridades doctrinales de Vaticano. Esta vigilancia he visto, directamente o por interpueta autoridad, como un mecanismo que se ha enriquecido siempre más hasta hacer prácticamente imposible mi actividad teológica de profesor conferenciante, congreso y escritor.

Desde el año 1971 he recibido (hecho, entendiendo cartas y amonestaciones, restricciones y castigos. No se diga que no he colaborado. He respondido a toda carta. He negociado por dos veces mi temporal alojamiento de la cárcel. En 1984 ahorcé en Lima a obispo con la más alta autoridad doctrinal de la Iglesia católica romana. Acogí el texto de condenación de cartas de mis opiniones en 1985.

Y después (contra el viento del derecho, pues me había sometido a todo) fui castigado con un tiempo de silencio obligatorio. Acepté silencio: "Prefiero caminar con la Iglesia (de los pobres y de las comunidades excluidas de la fe) que caminar solo con mi jerarquía". Fui excomulgado de la Revista Eclesiástica Brasileira y dejado de la dirección de la editorial Vozes. Me impusieron un silencio especial, como a los nortinos del derecho canónico, obligándome a cometer todo escrito mío a una doble censura previa, una interna de la Orden Franciscana y otra del obispo a quien competía dar el imprimatur.

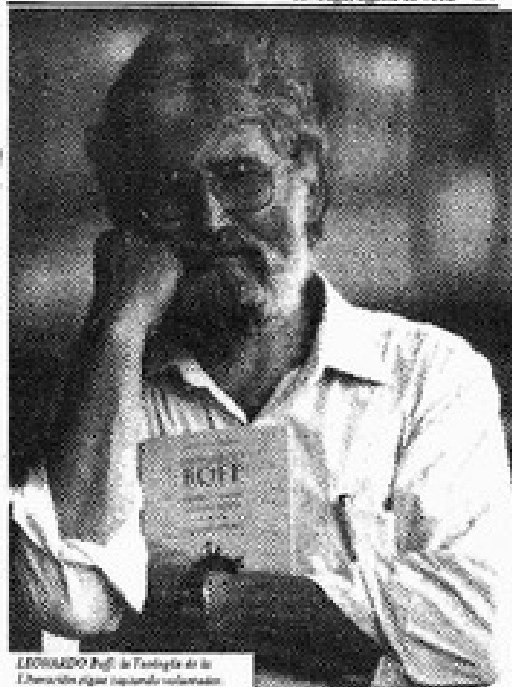
Me desajusté todo y a todo me he sometido. Entre 1991 y 1992, el silencio se ha convertido todavía más. Fui dejado de la revista Vozes (la más antigua revista católica de Brasil, de 1900), se me impuso la censura a la editorial Vozes y a todas las revistas que ella publica. Me fue impuesta de nuevo la censura previa a todo escrito, artículo o libro. Y fue aplicado con celo. Y por un tiempo indefinidamente he tenido que dejar de la enseñanza de la teología.

La esperanza a supletiva que he recordado en estos 20 años de relación con el poder doctrinal es ésta: es cruel y sin piedad. No olvida nada, no perdona nada, ante todo. Y para alcanzar su fin, se toma el tiempo necesario y sigue los medios oportunos. Ante directamente o vía instancias intermedias o coliga a los propios hermanos de la Orden Franciscana a cumplir una función que compete, por derecho canónico, sólo a quien tiene autoridad doctrinal (obispos) y la Congregación para la Doctrina de la Fe).

Tengo la sensación de haber bajado ante un muro. No puedo avanzar ni un paso más. Recordar implicaría sacrificar la propia dignidad y renunciar a una lucha de tantos años. No todo es fútil en la Iglesia. El mismo Jesús fue muerto para testimoniar que no todo es fútil en este mundo. Existen límites irrompibles: el derecho, la dignidad y la libertad de la persona humana. La Iglesia católica no puede abandonar lo de los valores evangélicos ni la Orden Franciscana en la línea herética del Sol de Asís. Existe también la comunidad cristiana y el terreno de feina fraternidad franciscana en los cuales podrá situarse con prioridad y libertad.

Antes que amargarse y ver desilusión en mí las bases de la fe y de la esperanza cristiana y gozando la inegable ecología de del Dios comunión de personas, prefiero cambiar de camino, no de dirección. Las motivaciones que me han inspirado mi vida continúan inalterables: la lucha por el Reino que comienza desde los pobres, la pasión por el Evangelio, la preocupación de los sufrimientos de este mundo, el compromiso de liberación de los oprimidos, la entrecruzación entre el pensamiento más crítico con la realidad más inhumana y el empeño de cultivar la ternura hacia todo ser creado, a la luz del ejemplo de san Francisco de Asís.

No dejaré de amar el carácter místico de la Iglesia y de comprender sus límites históricos con lucidez y la necesaria tolerancia. Existe inapelablemente una grieta



LEONARDO Boff, la Teología de la Liberación sigue inspirando voluntades.

entre la actual Iglesia católica romana. Se confrontan duramente dos posiciones de fondo. La primera crea en la fuerza de la disciplina y la segunda en la feina fraternidad al centro de las cosas. La primera piensa que la Iglesia tiene necesidad de orden y por eso busca todo en la obediencia y en la sumisión de todos. Esta posición es propia por lo demás de las estructuras burocráticas de la administración central de la Iglesia. La segunda piensa que la Iglesia tiene necesidad de liberación, y para ella tiene la en el Evangelio que hermanita la historia y en las fuerzas vitales que como flamas continúan fecundando el milenario tiempo eclesial. Esta posición está representada por acciones importantes de las Iglesias periferias, de Tailandia, México y de Brasil.

Indiscutiblemente, yo me coloco en la segunda posición, en la de aquellos que han hecho de la fe la suspensión del miedo, que esperan en el futuro de la fe sus propios y en las raíces invisibles que alimentan el árbol.

Hermanos y hermanas, compañeros de camino y de esperanza: que ante mi gesto no se desconecte en la lucha por una sociedad en la que sea menos difícil la colaboración y la solidaridad, cuanto que a este me invita la práctica de Jesús y el amorismo del Evangelio. Ayudemos a la Iglesia institucional a ser más evangélica, compasiva, humana y empeñada en la libertad y la liberación de los hijos e hijas de Dios.

No caminemos de espaldas al futuro, sino con los ojos abiertos para discernir en el presente los signos de un nuevo mundo que Dios quiere, y dentro de este mundo un nuevo modo de ser Iglesia: comunal, popular, liberador y ecuménico.

Por lo que a mí toca, quiero con mi trabajo intelectual empeñarme en la construcción de un cristianismo latinoamericano inculturado en los campos, en la pie, en las carnaves, en los subterráneos, en la algaría y en las lenguas de nuestros pueblos, como lengua del Evangelio de Dios que todavía no ha sido plenamente dada después de 200 años de presencia católica en el continente.

Continuaré en el sacerdocio universal de los apóstoles que es pura expresión del sacerdocio del laico Jesús, como nos recuerda el autor de la carta a los hebreos (2, 14, 14). Me voy lejos de esta institución, pero lleno de paz, hago más en esta la penitencia del que es nuestro mayor peccado, Fernando Pessoa: "Una vida la pena? Todo vale la penitencia al alma no es pequeña".

Siento que mi alma, con la gracia de Dios, no ha sido pequeña. Unidos en el camino y en la gracia de Aquel que conoce el secreto y el destino de cada uno de nuestros pasos, os saludo con paz y bien.

LEONARDO BOFF
28 de junio de 1992
(Traducido por Benjamín Fonseca)

Carta a los compañeros de caminata y esperanza. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carta a los compañeros de caminata y esperanza. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile